



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 14. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Abril 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
Haciendo la suscripción por medio de los Corresponsales:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID: Un mes, 1,75 pesetas.	
Un año... 30,00 ptas.		Un año... 18,00 ptas.		Un año... 13,00 pesetas.		Provincias: Tres meses, 4,50 id.	
Seis meses... 15,50 *		Seis meses... 9,50 *		Seis meses... 7,00 *			
Tres meses... 8,00 *		Tres meses... 5,00 *		Tres meses... 3,50 *			
Un mes... 3,00 *		Un mes... 2,00 *		Un mes... 1,25 *			
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.					
Un año... 36,00 ptas.		Un año... 24,00 ptas.					
Seis meses... 18,50 *		Seis meses... 11,50 *					
Tres meses... 9,50 *		Tres meses... 6,00 *					

#### SUMARIO.

Doña Luisa de Guzman, Reina de Portugal, por Angela Grassi.—Las palmeras, por el Dr. Machucho.—Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévía.—La Campana de la Venganza, por J. F. Sanmartín y Aguirre.—El palacio Paoli.—Los cementerios, por Nicasio Alvarez.—A la agonía de Nuestro Señor Jesucristo, poesía, por Isabel de Villamartin.—El antifaz de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza.—Cuellos de papel.—Explicación del figurin.—Variedades: El asno blanco, por Gerardo Lopez.—Revista de Modas, por doña Joaquina Palmaseda.—Charada.

GRABADOS.—Doña Luisa de Guzman, reina de Portugal.—Vista del palacio Paoli, cerca de Siena, Italia.—Cementerio pagano. Cementerio cristiano.—El asno blanco. Rodaja para sacar patrones.

#### DOÑA LUISA DE GUZMAN,

REINA DE PORTUGAL.

Mi amadísima Etelvina: el grabado que encabeza este número, es el retrato de una mujer, de quien dicen los historiadores que estaba dotada de singulares virtudes y extraordinarios talentos.

Era esta ilustrada señora, española, hermana del duque de Medina-Sidonia, y casada con el duque de Braganza, en la época en que, merced á la atrevida conspiración de Juan Pinto Ribeiro, su esposo se vió elevado al trono de Portugal, bajo el nombre de Juan IV. No dirémos si se debió al influjo que ejercía sobre el ánimo de su marido la próspera fortuna de éste, pero si harémos observar que hubo pocas reinas tan respetadas y queridas como ella, y que supiesen hermanar mejor la dignidad real con sus privadas virtudes.

Regente del reino durante la minoría de su hijo Alfonso VI, cercada de peligros dentro y fuera del reino, por la inquieta ambición de los grandes de su corte y la guerra con España, que quería recobrar sus derechos, supo llevar á feliz puerto la nave del estado, y ceñir á la frente de su hijo una corona esplendorosa y respetada.

Y ya que de una mujer célebre se trata, Etelvina mía, ocasión propicia es esta para que emita mi humilde parecer sobre un asunto trascendental, que trae preocupado á nuestro sexo, dividido como los políticos en opuestos bandos.

¿Cómo, me decías en tu carta, dejarémos sin protesta que se insulte la memoria de nuestras madres, de nuestras santas madres, que nos guiaron por la senda del bien y la virtud, cuyos dulces y elevados consejos resuenan aún en nuestras almas?

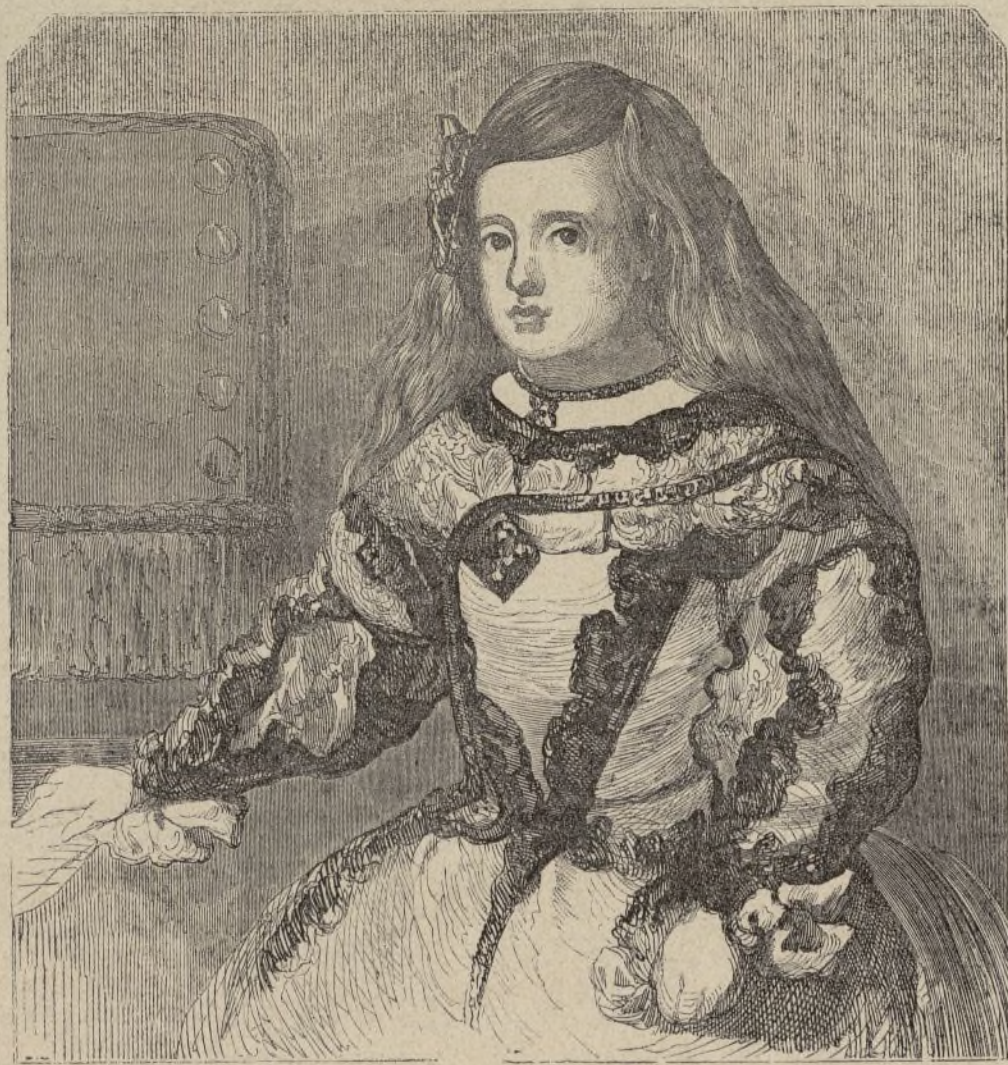
No, Etelvina, no; por débil que sea mi voz no titubearé un instante en unirla á la tuya para protestar contra lo que, como á tí, me parece una profanación indigna.

En efecto, es achaque muy común de esta época, llamada de progreso, de esta época en que tanto se habla,

cazmente á que cayesen los ídolos de sus altares, á que se hiciesen pedazos los tronos de los reyes.

En la Edad Media, cuando las costumbres rudas y belicosas de la época obligaban á los hombres á vestirse de hierro y aprender desde la más tierna infancia el manejo de la espada, la mujer, oponiéndolas un suave contrapeso, se entregó al estudio de las gayas ciencias, juntó cortes de amor, y presidió los torneos para coronar con su mano al paladín más magnánimo y valiente, ó al trovador que entonara las endechas más dulces y armoniosas.

¡Estaban postergadas entónces, cuando los caballeros



DOÑA LUISA DE GUZMAN, REINA DE PORTUGAL.

en que tanto se declama sobre la emancipación y la ilustración de la mujer, considerar á nuestras abuelas como esclavas envilecidas, como seres ineptos y pasivos, relegados á un oscuro rincón del hogar doméstico, obediendo temblorosas á la voz de su tirano, excluidas de toda participación en los negocios serios, privadas de franquear ni uno sólo de los peldaños que conducen al templo del saber, figurando por último, como comparsas en la representación de la gran comedia humana.

Los que así hablan, los que así escriben, demuestran no haber hojeado las páginas de la historia, ó ser tan apasionados de su idea, que cubiertos sus ojos con un velo, no aciertan á ver la luz del sol.

En los siglos bárbaros, pudo quizás la mujer ser considerada como un ente, como una cosa, como un instrumento de placer; pero desde la venida de Jesucristo, sublimada, redimida, emancipada por su doctrina salvadora, elevada á la plenitud de su sacerdocio de madre universal en la persona de la Virgen María, se convirtió en un ser casi divino, objeto de un culto venerando.

No hablarémos de aquellas matronas cristianas que enaltecieron con sus virtudes, que sellaron con su sangre la nueva idea, que fueron las únicas que permanecieron al pie de la cruz mientras los discípulos cobardes se ocultaban, que fueron las primeras que agitaron el Oriflama bendito de nuestra redención, y que con su ejemplo, con su influjo, contribuyeron efica-



considerándolas como á sés ideales, doblaban ante ellas la rodilla, se adornaban con sus colores, y acometían las más heroicas empresas, invocando el nombre de su dama, juntamente con el de su patria, de su Dios y de su rey?

El génio del progreso, pronto á franquear una de sus etapas, inició las cruzadas que debían traer á Europa la civilización y los productos del Oriente.

La mujer no fué de las últimas en adherirse á tan noble empresa.

La casta doncella, la severa castellana, impulsaban á su amante, á su esposo y á sus hijos para que abandonando patria y hogar, fuesen á llevar la palabra de Dios á otras regiones, mientras ellas, vestidas de luto, quedaban orando al pie de los altares por los objetos queridos de sus almas, cuando no los acompañaban al través de los peligros y entre el fragor de los combates.

Suavizadas las costumbres por la nueva civilización, los hombres cambiaron su espada por el libro, y á los guerreros sustituyeron los sábios.

¿Permaneció la mujer oscurecida en esta transformación humana?

Respondan por nosotras las que en todos los países cultivaron las letras y las artes, díganlo en nuestra patria todas las poetisas que enriquecieron con sus inspiraciones el *Laurel de Apolo*, díganlo Beatriz Galindo, Santa Teresa de Jesús, la Doctora de Alcalá, Juliana Morales, y tantas y tantas otras que asombraron al mundo con su vasta erudición y las galas de su ingenio.

Quizás entónces no pulularían como ahora por todas partes mujeres que hacen alarde de escritoras; pero esto consistía en la época, guardando proporción su número con el de los hombres que cultivaban las letras.

Quizás esto consistiría también en que entónces cada uno ocupaba su lugar, girando en la órbita de su esfera social, sin pretensiones desmedidas, sin descabelladas ambiciones.

Entónces salían de su esfera únicamente los elegidos, los que Dios había marcado con el sello del génio, dotándolos con una chispa de inspiración divina. En el siglo pasado no todos los hombres eran poetas, no todos eran sábios; no se había aprendido el arte de ostentar erudición hojeando los catálogos y las enciclopedias, no se había aprendido, sobre todo, el arte de mojar la pluma en hiel para escalar los altos puestos del estado, ni mojarla en cieno para adquirir vergonzosa celebridad por medio de la blasfemia y del escándalo.

Así no era extraño que la mayoría de las mujeres tampoco fuesen sábias, aunque eran buenas cristianas, y sabían lo bastante para formar hombres honrados.

Si por algunos autores ilusos ó por algunos espíritus estrechos y fanáticos, se proclamaba el axioma de que las mujeres no debían saber leer ni escribir, esto pudo ocurrir durante un breve espacio de tiempo.

Qué diríamos de aquellos que negasen la luz del sol porque la oscureciesen durante breves instantes los negros nubarrones?

No, Etelevina, no; tienes razón. Nuestras madres no eran tales como se complacen en pintárnolas algunos espíritus lijeros ú obcecados. Si no habían saludado superficialmente las ciencias, si no se habían consagrado imperfectamente á las artes, sabían el catecismo, y con el catecismo en la mano trazaban la estrecha senda del bien, del honor y la virtud, que debían seguir sus pequeñuelos.

Y si tan ignorante era, si tan menospreciada estaba, ¿qué magia era la suya para retener al hombre junto á sí, para reducirle á que cifrase todos sus placeres en aquellas reuniones íntimas, de las cuales era la Diosa, para conseguir que la tratase con aquella deferente galantería, de la cual apenas queda una imperfecta sombra?

Entónces la esposa no gemía sola junto al apagado hogar, contando las largas horas que su marido pasa en el café ó el casino; entónces la joven soltera aguardaba tranquila en el doméstico santuario la aparición del compañero que debía depararla la suerte, y si no por completo, en parte, se realizaba aquel conocido refrán de que *el buen paño en el arca se vende*.

Ah! nosotras también somos amantes del progreso, no es verdad, Etelevina? Nosotras también pretendemos ahora como siempre, seguir el movimiento social que se inicia en torno nuestro; pero no salvando los límites del decoro y la modestia, no franqueando las barreras que Dios y la misma naturaleza han impuesto á nuestro sexo.

Qué significa la emancipación de la mujer?

Jesucristo la emancipó moral é intelectualmente, durante su peregrinación sobre la tierra. *Te doy compañera y no sierva*; dice la Iglesia Católica al esposo; la debes amor, protección y respeto.

Ah! no pretendamos esa emancipación frívola y superficial que sólo afecta á la forma, que convirtiendo á la mujer en hombre la priva de su suave influjo, de su dulce prestigio y la despoja de todo su atractivo.

El hombre y la mujer son dos sés, no iguales, sino semejantes, que se completan para formar un armonioso todo. Ambos están adornados de cualidades y virtudes encontradas, para que aunándose, realicen el noble y glorioso fin para que fueron creados.

Sigamos al hombre en sus transformaciones, pero sin romper el arca santa de las suaves costumbres, de las sublimes creencias, de que hemos sido tan fieles guardadores durante todas las convulsiones sociales, sin vilipendiar y escarnecer la tumba de nuestras madres.

ANGELA GRASSI.

## LAS PALMERAS.

Estamos en Semana Santa y las palmas lucen en la parte inferior de los balcones su gentileza y gallardía: las palmas recuerdan la entrada de Jesús en Jerusalén, y no hay católico que no conserve en su poder una rama de palmera bendita el domingo de Ramos. Las palmeras son, en efecto, acreedoras á esta distinción por la belleza y elegancia de su forma y por el servicio que hacen á los habitantes de las regiones intertropicales.

Así como la encina es el árbol de las regiones templadas, y el abedul de las frías, la palmera es el vegetal arborecente de las regiones cálidas.

Crece bajo formas variadísimas y delicadas en todos los puntos del globo en donde hay calor y humedad en abundancia, siendo notabilísimas las palmeras que adornan las frondosas llanuras de la América del Sur.

El número de variedades de este árbol es considerable; en el día se ha dado la descripción metódica de 440 especies pertenecientes á ámbos hemisferios. Casi todas necesitan, para vegetar, hallarse en una explanada cuya temperatura media no baje de 26 á 28 grados centígrados. No obstante, algunas palmeras, como las de Elche, viven y se desarrollan con lozanía en una temperatura inferior.

Las palmeras se extienden aún á mayor distancia de ámbos lados del Ecuador. En Europa, el datilero y la palmera de pequeña altura (*Chamerops humilis*) crecen hasta á 44° de latitud. En Hyeres (Provenza), en Rivera de Ponente, cerca de Mónaco (Italia) y en las cercanías de Spalatro hay bosques en donde se desarrollan millares de palmeras.

En Australia no crecen mas allá de los 34 grados de latitud. En la nueva Zelanda existen palmas verdes hasta los 38°; pero en el Sur de Africa, es decir, en la zona templada del Sur, no se encuentra ninguna. Según A. de Saint-Hilaire, en la América austral, hacia las pampas del Río de la Plata, se desarrollan hasta los 34 y 35° de latitud.

Después de las coníferas y de los eucaliptus, las palmeras son los árboles que ofrecen un tallo mas elevado. El citado naturalista Saint-Hilaire refiere que ha visto ejemplares que median 150 piés de altura. Humboldt y Bonpland aseguran que en la montaña de Quindiu, entre Ibagua y Cartago, la palmera de cera (*Ceroxylon andicola*) alcanza la enorme altura de 160 y aún 180 piés.

En cuanto al aspecto de estos árboles, la naturaleza ha reunido en la palmera jagua, según Humboldt, las bellezas de la forma. «Los tallos de las palmeras, lisos y rectos como una columna de mármol, dice el ilustre viajero, alcanzan unos 80 á 100 piés de altura; sus hojas, en número de siete ú ocho tan solo, se elevan casi verticalmente hasta 14 ó 16 piés; los extremos del follaje están cortados y dispuestos en forma de penacho. Las foliolas tienen un parenquima delgado y herbáceo, y como son delicadas y ligeras, voltean alrededor de los peciolo que se balancean blandamente.»

En la mayor parte de las palmeras, las vainas, lisas ó ásperas y espinosas, se inclinan ligeramente, siendo en algunas la flor masculina de una blancura sorprendente, y brillando entónces de lejos la espata abierta.

Casi todas las palmeras tienen las flores masculinas amarillas; muy próximas entre sí y casi ocultas en el momento en que salen fuera de la vaina. Los frutos varían infinitamente de forma y de color. La *Mauritia flexuosa* está adornada de frutos que, por su superficie lisa, morena y escamosa, presentan el aspecto de los conos ó piñas de abeto. Cuánta diferencia hay entre el coco de tres lados, la baya del datilero y el frutito del carazo! Pero ningún fruto de palmera iguala en belleza á los del *Piriquao* de San Fernando de Atabapo y de San Baltasar. Sus frutos carnosos apenas tienen granos á causa de la exuberancia de los jugos, y suministran á los indígenas un alimento sustancial y feculento, que como la banana y la patata, son susceptibles de aderezarse de diferentes maneras.

Los frutos de la palmera son tan importantes en América, que en la comarca que riega el Orinoco, existen poblaciones enteras que viven enteramente de ellos, durante muchos meses del año.

El datilero del Arabia y del Africa del Norte, es el árbol del Oasis por excelencia, y según el poético lenguaje de los orientales, debe hundir su planta en el agua y tocar con su cima el fuego del cielo. Como árbol de adorno abunda en Córcega, Cerdeña, Sicilia, islas Jónicas y Grecia septentrional, si bien, como sucede en Elche, no llega en tales comarcas á su completa madurez.

El tronco del datilero facilita por incisión un líquido azucarado (*leche de palmera*), que después de haber sufrido la fermentación, adquiere un sabor vinoso. Destilado este líquido, suministra un alcohol de buen gusto. La estipa de este árbol proporciona á los indígenas combustible y madera de construcción. Sus hojas se emplean para los tejados de las casas, confeccionando los negros con las foliolas, canastillos, manteles, sombreros y otros utensilios.

Las espigas de las flores masculinas y las de las flores femeninas pertenecen á individuos diferentes, pues como saben perfectamente nuestros lectores, este príncipe del reino vegetal es *dioco*. La flor masculina del datilero presenta un cáliz de sépalos cortos, una corola de pétalos grandes y seis estambres provistos de largas anteras lineares.

La flor femenina presenta, dentro de una doble cubierta floral, tres pistilos distintos, terminados por un estigma en forma de gancho. De estos tres pistilos se desarrolla uno, madura y se convierte en una baya ovoidea, cuyo endocarpo está representado por una película que cubre la nuez, que es la semilla.

El cocotero (*cocos nucifera*) crece en la zona tórrida, desarrollándose con preferencia en las cercanías de los mares. Se eleva á 30 metros de altura y termina por un capitel de hojas penadas de 6 metros de longitud. Su fruto es una drupa del tamaño de la cabeza de un hombre, con mesocarpo fibroso y endocarpo óseo. La semilla está casi enteramente constituida por un albúmen de carne blanca y dura interiormente: el centro de este albúmen está ocupado por un líquido claro, agradable y refrescante. Se saca del cocotero un aceite fijo que sirve para el alumbrado y para la condimentación de los alimentos. Las partes restantes del cocotero son útiles al hombre, sea para vestirse ó para ponerse al abrigo de la inclemencia del tiempo.

Mister Bertald Seeman publicó diez años há una *Historia de las palmeras*, en la que expone interesantes consideraciones acerca de los usos de estos preciosos árboles. Según el citado autor, en las márgenes del río Negro, los principales sostenes del edificio están formados por troncos de árboles forestales de una madera compacta y duradera; pero las paredes laterales se componen de tallos lijeros, derechos, cilíndricos y uniformes de palmera jara (*Leopoldinia pulekra*). El techo está cubierto de anchas hojas triangulares, dispuestas alternativa y regularmente, y sujetas á las redes por medio de pámpanos y vid silvestre. La puerta de la cabaña, especie de bastidor formado de tablas delgadas de madera dura, groseramente trabajada, está hecha con astillas de palmera pashiuba (*Friartea exorrhiza*).

En un rincón de la cabaña se encuentra un pesado harpon para la pesca de un gran pez llamado Eamantin; este instrumento se hace con la madera de la palmera bariguda (*Friartea ventricosa*).

Al lado se halla una pipa con un tubo de diez ó doce piés de largo, un carcaj pequeño lleno de flechas envenenadas, destinadas á las aves que sirven de alimento ó son estimadas por la belleza de su plumaje, y aún á los tapires, cerdos salvajes, de hocico muy prolongado. Estos diversos instrumentos están hechos con el tallo ó los nervios del peciolo de dos especies de palmeras.

Los instrumentos de música se construyen también con madera de palmera; la tela con que se envuelven los adornos de plumas más estimados, se fabrican igualmente con fibras extraídas de la espata ó garrancha que cierra la flor de la palmera; la caja en la cual se guardan los tesoros está forrada con hojas de palmera cuidadosamente tejidas.

La hamaca, la cuerda de su arco y el hilo de pescar de aquellos indígenas provienen de diferentes hojas de palmera. La peineta que llevan en la cabeza ha sido construida ingeniosamente con la misma madera. Con las espigas de este árbol se hacen anzuelos, y además sirven para pincharse la piel, dejando impresa la marca particular de la tribu.

Sus hijos comen los deliciosos frutos amarillos y rojos de la *Guiljelma speciosa*, preparándose con la *Euterpe edulis* su bebida favorita, con la cual obsequian también á sus huéspedes.



La calabaza que con tanto cuidado llevan suspendida, de suerte que caiga al lado derecho, contiene un aceite que procede de otra especie; el largo y elástico cilindro que les sirve para prensar la pulpa que extraen de la *manihot utilissima*, está hecha con el trozo de una palmera rastrera, que resiste por mucho tiempo á la accion del virus ponzoñoso, con el cual se halla en contacto.

Si nuestros lectores se trasportan con el pensamiento á Londres, país en donde todo se utiliza, todo se aprovecha y de todo se saca partido, y dan un paseo por aquellas anchurosas calles, se presentan á su vista diversas materias suministradas por la palmera y trasformadas en objetos útiles.

Ese muchacho cubierto de harapos que os pide con voz quejumbrosa unos cuantos peniques, lleva en la mano un manojo de escobas, cuya materia fibrosa ha sido cortada de los tallos de la palmera por los indios salvajes del Brasil.

Ese gentleman, vestido á la última moda, que agita distraidamente su flexible baston, está muy lejos de pensar que el adminículo que tiene en su mano es un retoño del *Licuala acutífida*.

El mango en que termina la sombrilla de tal señorita, qué otra cosa es que la cáscara de una nuez de palmera, delicadamente trabajada?

La mayor parte de los sombreros de paja de buena calidad que se llevan en el verano, con qué materia están fabricados? Con hojas de la palmera de Cuba, la *Thisinox argentea*.

Esos dorados dátiles, frutos deliciosos que tanto os seducen, han sido cogidos en el linde del gran desierto de Sahara.

Esas nueces de coco que os asombran, han madurado en las orillas del Océano indico.

Esas esteras que adornan el suelo de algunas elegantes habitaciones, están tegidas con la cubierta fibrosa que rodea la nuez del coco.

Ese elegante juguete que veis en la mano de un niño, ha sido hábilmente trabajado con almendras, tan blancas como el hueso, procedentes de la palmera de marfil vegetal.

Esas bujías esteáricas que iluminan tal habitacion, se han elaborado con una sustancia grasa extraida del fruto de la palmera de aceite y de la nuez de coco.

Ese sagú que, bajo diversas formas aparece en la mesa, ha sido producido por las blandas palmeras que florecen en las islas del archipiélago de las Indias Orientales.

Ese arrac (vino de palmera, bebida espirituosa), que á algunos les parece excelente, se extrae de la nuez del coco.

No necesitáis preguntar de qué se componen los polvos para los dientes, tan en uso hoy: bien sabeis que los principales ingredientes que entran en su composicion proceden de las nueces de betel reducidas á carbon, y de la sangre de drago, productos ámbos de las palmeras.

En fin, examinad los jabones de tocador, y vereis que la sustancia grasa que entra en su composicion proviene de las palmeras.

Aún podeis llevar más léjos vuestro imaginario viaje: penetrad en la cabaña de un indio de la América, y despues de haber participado de la abundante y variada comida de vuestro huésped, decidle:

—Tú vives en un desierto, en donde apenas hay comercio: quién te ha facilitado todas estas cosas?

—Mis cocoteros, mis palmeras, os contestará con orgullo (1). El agua que os he ofrecido á vuestra llegada, procede del fruto ántes de madurar; esta agradable almendra es el fruto en su completa madurez; este vino se obtiene del cocotero, haciendo incisiones en los tiernos tallos de las espigas de las flores y recogiendo en vasos el líquido que corre; expuesto al sol, se convierte en vino y despues en vinagre; destilado, se obtiene el aguardiente que habeis saboreado; toda esta vajilla y estos utensilios están fabricados con las hojas y las cáscaras de los cocos. Mi habitacion está construida con este árbol precioso, y las hojas constituyen el techo; con los filamentos de las hojas están hechos mis propios vestidos y el mantel que cubre la mesa. En fin, el aceite con que he sazonado la comida y el que arde en esa lámpara, se obtiene exprimiendo la almendra fresca.

En nuestro país existen tambien algunos de estos preciosos vegetales; pero no se observan tales prodigios: tenemos las palmeras de Elche que suministran algunas escobas y toscos sombreros y... las palmas que se bendicen todos los años el Domingo de Ramos.

DR. MACHUCHO.

(1) *Botanique de la Jeunesse*, por Mr. Bonifacio Guizot.

## DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuacion.)

### XI.

Pocos meses despues del fallecimiento de la virtuosa reina Amalia terminó la Academia de Apolo, por haber concluido sus estudios la mayor parte de los jóvenes escolares que la componian. En la última sesion de despedida todos leyeron versos. He aquí un lindo Madrigal del citado D. Luis Lamarea, última composicion recitada por su autor en aquella juvenil corporacion:

A UNOS OJOS PEQUEÑOS.

Si del sol esparcidos  
Están los rayos, su vigor es poco;  
Alumbran, sí, pero abrasar no alcanzan.  
Más cuando reunidos  
Los pone el arte en círculo más breve,  
Do quiera se colocan,  
Á pavesas reducen cuanto tocan.  
Así tambien los ojos,  
Que en grande espacio su belleza ostentan,  
Sin fuerza miran, y aunque más rasgados,  
Sin riesgo son mirados.  
Más los que cual los tuyos,  
En limitado punto  
Tanta viveza y fuego tienen junto;  
Ay! allí á donde miran,  
Allí alvedrío y libertad espiran.

El Sr. Bono Serrano, que al finar la Academia de Apolo, era ya diácono, se despidió de sus colegas, leyendo el siguiente soneto:

LA BONANZA.

Rebramando no ha mucho turbulento  
El hondo mar con ímpetu sañudo,  
Extremecer en sus furiosos pudo  
Las bóvedas del alto firmamento.  
Sosegado su raudal movimiento,  
Sobre la arena se adormece mudo,  
Y tras del huracan el silbo agudo,  
Riza las olas apacible viento.  
Así calmó la insólita violencia  
De infortunio cruel, que me affigia,  
Apenas invoqué la Providencia.  
Y en pos de negra noche luce el día  
De brillante esplendor, que á mi existencia  
Restituye la paz y la alegría.

Los terremotos de Orihuela, que se sintieron en la ciudad del Cid, y conmovieron en ella algunos edificios, y ocasionaron el sobresalto y miedo que es de suponerse, inspiraron al Sr. Bono Serrano los siguientes metros, que se imprimieron en el diario de aquella capital.

A LOS TERREMOTOS DE ORIHUELA.

SONETO.

Cielos, qué horror! la vista inquieta gira,  
Por no ver de ruinas tal conjunto,  
Pues doquiera se fija, el fiel trasunto  
De la desolacion tan solo mira.  
Á una seña de Dios, abrió con ira  
Sus abismos el bátrito y al punto  
Lares, templos, vivientes, todo junto,  
Se ha confundido en desastrosa pira.  
De los pueblos, que fueron hermosura  
De esta llanada convertida en lago,  
Mañana apenas quedará ni el nombre.  
Y ante el cuadro de tétrica negrura,  
Que sobrevive al funeral estrago,  
Su pátria celestial olvida el hombre!

Algunas de las poesías mencionadas del joven Bono Serrano, llegaron en Valencia á manos del Sr. D. Juan Nicasio Gallego, residente á la sazón en aquella ciudad, como Arcediano Mayor que era de la Catedral de la misma. Habiéndolo sabido el vate aragonés, se presentó al eminente Poeta, sin más recomendacion que un soneto, que acababa de escribir, felicitando al sublime cantor del 2 de Mayo, con motivo del natalicio del anciano y respetable literato. El soneto decia así:

AL SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO.

FELICITACION.

Pues ya canta la alondra parlerilla,  
Del rubicundo Febo precursora,  
Regocijando con su voz canora  
Del manso Turia la feliz orilla;

En tanto fausta por oriente brilla  
Perlas vertiendo la gentil aurora,  
Que allá tu cuna iluminó en Zamora,  
Esclarecido vate de Castilla;  
Celebra el venturoso natalicio  
De tu alumno á la par, que se extasia,  
Al contemplar su lumbre y arreboles.  
Á tus ojos abril ria propicio,  
Hasta aclamarte el entusiasmo un día  
„Nestor de los Poetas españoles.“

D. Juan Nicasio recibió con los brazos abiertos al señor Bono Serrano, ofreciéndole sincera amistad y paternales consejos en el estudio de las bellas letras, que con tanto ardor y constancia habia comenzado nuestro diácono, sin guia ni mentor que lo dirigiese hasta entónces. Esto era cabalmente lo que buscaba el aplicado estudiante, por tener formado un alto concepto del acendrado gusto y demás dotes de gran crítico y poeta, que gozaba tan justamente hacia muchos años el señor Gallego en España y en toda Europa. El viejo prebendado quedó no poco agradablemente sorprendido, cuando Bono Serrano comenzó á recitarle la elegía del 2 de Mayo y otras poesías del mismo Gallego, que aquel habia copiado de su puño y letra, y lo que es más, habia aprendido de memoria.

Para manifestar desde un principio su cariño verdaderamente paternal D. Juan Nicasio al Sr. Bono Serrano, le regaló en su primer entrevista un correcto y elegante ejemplar de la Poética latina del sábio Obispo Marco Jerónimo Vida, la cual pocos días despues comenzó á traducir en castellanos versos el joven alumno de las Musas, con aprobacion y gran contentamiento de su ilustrado maestro. Si hasta entónces el Sr. Bono Serrano habia aprendido mucho, estudiando las poesías de D. Juan Nicasio, desde aquel día aprendió más, oyendo de su autorizada boca provechosas instrucciones, que tanto le sirvieron despues, para andar á pié firme, y sin extraviarse en el asperísimo y escabroso camino del Pindo y del Parnaso.

Hizo más el bondadoso Arcediano, y fué dar á conocer los metros de su discípulo á su amigo íntimo el Excelentísimo Sr. Duque de Frias, á quien tanto deben las letras y la poesia castellana. Habiendo el ilustre Prócer escrito al novel poeta una carta muy afectuosa, en que le daba el parabien por la constancia y feliz éxito con que cultivaba la literatura; el Sr. Bono Serrano le manifestó su respetuoso y sincero reconocimiento, dirigiéndole el soneto siguiente; en que celebra la traslacion de los restos mortales de D. Juan Melendez Valdés, desde la parroquia de la aldea de Montferrier á un sepulcro más decoroso y digno en el cementerio de Montpellier: traslacion, que como todos saben, se debió al noble patriotismo de Don Juan Nicasio Gallego y á la ilustrada y espléndida munificencia del preclaro nieto del buen Conde de Haro.

AL EXCMO. SR. D. BERNARDINO FERNANDEZ DE VELASCO,

DUQUE DE FRIAS Y DE UCÉDA.

El Poeta del Tormes cristalino  
Yacía en olvidado apartamiento,  
Léjos del pátrio rio, cuyo acento  
De su cisne infeliz lloró el destino.  
Mas ilustre y piadoso peregrino,  
Que visitó el humilde enterramiento,  
Erigió suntuoso monumento  
A las cenizas del Cantor divino.  
El buen Batilo con amor sonrie  
Al dulce alumno, que en filial ternura  
El mausoleo con su llanto sella.  
La guirnalda inmortal con que se engrie  
Desciñe de su sien cándida y pura,  
Y al digno Prócer adornó con ella.

El ardoroso cultivo de la poesia no hizo olvidar al señor Bono en Valencia el estudio y ejercicio de la prosa. En 1828, presentó á la Real Sociedad de Amigos del país de aquella capital un elogio bibliográfico del Ilustrísimo y sábio canónigo D. Francisco Perez Bayer, para el certamen abierto el año anterior por aquella ilustrada y celosa Corporacion. Aunque no consiguió el premio, como era de esperarse de su inexperiencia y pocos años, no dejó de llamar la atencion de algunos literatos la lectura de aquel discurso académico, lo mismo que el *Ensayo biográfico* que escribió poco despues en loor del célebre diplomático aragonés D. José Nicolás de Azara. Su aplicacion asidua y laboriosidad infatigable fueron recompensadas con la benévola amistad que debió á personas muy ilustres y distinguidas, que residian en Valencia, y frecuentaban la tertulia del señor D. Juan Nicasio Ga-



llego. Entre estas debe contarse el Excmo. Sr. D. Nicolás María Garelli, Ministro y Consejero tantas veces de la Corona; el Ilmo. Sr. D. Mariano Liñan, teólogo y canonista profundo, que murió años después siendo Comisario general de Cruzada; el ya citado eclesiástico, doctor Soliveres, helenista distinguido; el P. José Soriano, Dominic, fácil y festivo poeta y predicador muy notable; D. Ceferino Leandro Lagrava, Diputado por Zaragoza, su patria, en las Cortes de 1821, Jefe Político después de Chinchilla y Canónigo, finalmente, de Murcia; el presbítero D. Francisco Lorente, bien conocido por su bello poema en diez cantos, *La ciudad eterna, ó los Cristianos*, por su prosodia de la lengua castellana, y por sus traducciones en verso de las églogas y eneida de Virgilio y de los cantares de Salomón. Finalmente, honró con su estimación afectuosa al joven diácono el anciano carmelita descalzo, Fray Félix Guillen de San José, uno de los sacerdotes más dignos y respetables por sus ejemplares virtudes y cultivado talento entre cuantos han descollado en el Clero español en el siglo actual. *Consuelo de la viuda, padre del huérfano, amparo del rústico labrador, Director y Consejero de los Prelados y personajes más distinguidos*, apellidaba al venerable religioso la Revista Católica de 1851, Febrero número 14, tomo 18, poco después de fallecer en Valencia aquel varón ilustre.

D. HÉVIA.

(Continuara.)

LA CAMPANA  
DE LA  
VENGANZA.

Tradición aragonesa

(Continuacion.)

V.

Trascurrieron algunos días después de los sucesos que vamos narrando, y los más extraños acontecimientos habian tenido lugar en el alcázar. D. Pedro Tizon, gracias á su audaz intriga, y al apocamiento del rey, habia conseguido que éste le diese plenos poderes de privanza durante las azarosas circunstancias en que, según su parecer, iba á pasar el reino.

Apenas se vió revestido de su nuevo cargo, uno de sus primeros actos fué el ordenar la prision de la reina.

Con esta determinacion pensó tenerla apartada del rey, y á su disposicion, para hacerla acceder á sus exigencias cuando fuese oportuno.

Aunque el rey le habia otorgado su privanza, Monteagudo no creyó oportuno para sus planes el hacer público su cargo, de modo que todas sus órdenes las daba en nombre del Monarca.

Por Hernan, su paje confidente, supo que la siguiente noche era la elegida por los conjurados para lanzar al aire su pendon de guerra, y esto le dió nuevo ánimo para acabar una intriga tan hábilmente comenzada. Uno de sus principales deseos era atraer á los jefes de los conjurados á una emboscada, y una vez en ella, apoderarse de ellos y obrar un ejemplar castigo que le hiciese temible en todo el reino.

Aunque el mensajero enviado por D. Ramiro al monasterio de San Ponce aún no habia regresado á dar cuenta de su mensaje, D. Pedro determinó no dejar perder las propicias circunstancias que se le presentaban para dar fin á su diabólica obra, y por lo tanto creyó inútil esperarle, seguro de que los consejos del abad, por radicales que fuesen, nunca serian ni una sombra del plan que él se habia propuesto.

Creyó además, que el rey le perdonaría su desobediencia, en gracia de librarle de los principales personajes

que llevaban el reino revuelto, y que le conferiria para siempre su privanza.

Otro de los móviles que impulsaban al de Tizon, al querer apoderarse de los jefes de los conjurados era el de aprisionar al conde de Atares. Dueño de él, pensaba sacarle á la fuerza un billete para la reina, en el cual expresara que se hallaba bajo su poder, y que lo único que podia salvarle la vida era el que ésta correspondiese á su pasion.

Conseguido mi fin—se decia—nada debo de temer: el verdugo cortará la cabeza del conde, y en cuanto á doña Inés, bastante cuidado tendrá de no revelar á su esposo lo que no le conviene que sepa, segura que sus palabras serán tenidas como una calumnia infame, forjada únicamente por el despecho que debe sentir á causa de la muerte de su amado.

Dispuesto se hallaba el de Tizon á salir de palacio, con objeto de tener una entrevista con los caballeros de Luna, y hacerles creer que se hallaba decidido á lanzar con

«Amigo D. Ruy:

Estoy en la plenitud del poder. Si os hallais aún en el monasterio de San Ponce, á donde habeis ido por encargo mio, procurad, por los medios que creais oportunos, apoderaros del conde de Atares, que se dirige al mismo, con el fin de dedicarse á la vida monástica. Ya comprendereis lo mucho que me interesa tenerle bajo mi poder. Dueño de él, conseguiré triunfar de doña Inés, á quien tengo prisionera, y vengarme al mismo tiempo de ella con la muerte de su amado. Esta noche preparo una emboscada á los futuros rebeldes, la cual dará mucho que hablar en todo el reino. El rey me creará su salvador. Quemad este billete.

Pedro Tizon.»

Ahora, prosiguió Monteagudo entregándole el mencionado billete á Hernan, mientras tú te diriges al monasterio voy á avistarme con los jefes de los conjurados. Procura tenga feliz término tu empresa, pues bien sabes que sé recompensar con creces á los que cumplen mis órdenes.

VI.

Serian las ocho de la noche del mismo día, cuando los conjurados se reunieron, según habian dispuesto, en un edificio inmediato al alcázar real, con el fin de ponerse de acuerdo para lanzar al aire su pendon de guerra.

Eran estos, cuyos nombres nos ha conservado la historia: Don Ruiz Jimenez de Luna, Lopez Ferrendi de Luna, Pedro Martinez de Luna, Gomez de Luna, Ferrando de Luna, Pedro de Bergua, Gil de Atrosillo, Ferris de Lizana, Pedro Cornel. García de Bu-

daurre, García de Peña, Ramon de Foces, Miguel Arlor, Sancho de Fontova y Pedro de Lucría.

Unos segundos después de abierta la nocturna asamblea presentose en el dintel de la puerta D. Pedro Tizon, el cual habia ofrecido aquella misma mañana á los caballeros de Luna, ser uno de los más entusiastas paladines de la insurreccion.

—Entrad, noble señor, exclamaron algunos de los conjurados así que le distinguieron.

—Nobles señores, repuso Monteagudo penetrando en la estancia:

Llegó por fin el deseado instante de acudir á las armas para derribar de su trono á ese monarca imbécil, que olvidando los altos deberes de su cargo, en menosprecio de la nacion y de la nobleza, se entrega sólo á pláticas religiosas, fundando monasterios, y haciendo cuantiosas donaciones para fabricar campanas, mientras el reino peligra y el pueblo perece de hambre...

—Sí, sí, exclamaron algunos de los conjurados. ¡Mueran Don Ramiro el Monje!

—Mueran!—Repitieron á una voz los conjurados.

—Calma, señores, prosiguió Monteagudo, no descuideis que del mayor sigilo depende nuestra empresa. Mañana al nacer la aurora creo que debemos lanzar al aire nuestro pendon de Guerra. Guardad, pues, señores, vuestro entusiasmo para mañana. No nos conviene infundir sospechas. Además, en el edificio inmediato se hallan en la actualidad, ocupados algunos hombres en colocar la colosal campana que el rey *Cogulla* ha hecho construir para que se oiga en todo el reino, y podian vendernos.

—Una campana? repuso uno de los caballeros de Luna.



VISTA DEL PALACIO PAOLI EN LAS CERCANIAS DE SIENA, ITALIA.

ellos el grito de rebelion, para atraerles de este modo más fácilmente á la emboscada que pensaba prepararles, cuando se presentó ante él su paje Hernan, que desde la noche anterior se hallaba al corriente de sus proyectos.

—Deteneos, señor, pues tengo que hablaros,—exclamó el paje entrando.

—¿Qué ocurre de nuevo?—preguntó lívido Monteagudo.

—Señor, el conde de Atares salió hace tres días de Huesca.

—Cielos!... ¿Y no sabes su direccion?

—Segun he podido averiguar por uno de sus escuderos, creo que se dirige al monasterio de San Ponce de Tomeras.

—Con qué objeto?

—Segun parece, con el de dedicarse á la vida monástica, á la que tiene vocacion de algun tiempo á esta parte.

—El diablo cargue con su vocacion y con su alma! Esto viene á destruir mis planes.... He de tomar una determinacion.... Oye bien Hernan: es necesario que montes inmediatamente á caballo, acompañado de cuatro hombres de tu confianza, y te dirijas con ellos á dicho monasterio. Ve si puedes encontrar al conde en el camino; si por fortuna le hallaras, le presentarás la orden que voy á darte, y le harás prisionero en nombre del rey.

Y el de Tizon sentándose ante una mesa, escribió un mandato de prision contra el mencionado personaje. Si desgraciadamente no lo hallaras, procura entregar á D. Ruy Perez de Pardo, que se halla á estas horas en dicho monasterio, la epístola que voy á entregarte.

Y Monteagudo, sentándose de nuevo, escribió las siguientes líneas:

Ayuntamiento de Madrid





Francis Ehrhardt Edit. Imp. Paris et Bruxelles.

213.

EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*

Plaza de Prim II, 3.



—Sí, nobles señores, una campana que es una monstruosidad en su género; Don Ramiro ha querido que no quedase sin ejecución lo que tan solemnemente ofreció hacer en las últimas Cortes. Si quereis, yo os la enseñaré, pero es preciso que vengaís divididos en grupos, pues no es conveniente infundir sospechas.

—Vamos á verla, exclamaron unánimemente los conjurados que vieron un motivo más para burlarse del rey Monge.

—Con mucho gusto, repuso el de Tizon, síganme los cinco caballeros de Luna.

Los indicados caballeros siguieron á Monteagudo y unos instantes despues penetraban en un salon abovedado, en donde no vieron ninguna campana, mas sí unos maderos en forma de horca pendientes de una de las bóvedas.

—Y la campana? exclamaron sorprendidos.

—Ahí la teneis, repuso irónicamente Don Pedro, señalando al mismo tiempo los maderos pendientes de la bóveda.

—Sois un miserable, Don Pedro, nos habeis vendido! exclamaron los infelices adivinando el lazo en que habian caído.

Monteagudo por única contestacion aplicó á sus labios un silbato de plata, é inmediatamente se presentaron vários hombres de armas acompañados del verdugo, el cual despues de apoderarse sus compañeros de los mencionados personajes, no tardó en cumplir su horrible mision separándoles la cabeza del tronco.

Igual suerte cupo á los demás caballeros que, acompañados del de Tizon, fueron impulsados por la curiosidad á ver la celebrada campana.

Cuando el verdugo hubo terminado su cargo, Monteagudo envió un paje al rey á hacerle presente que se dignase bajar á ver la campana que habia construido en su obsequio.

Un cuarto de hora despues, Don Ramiro acompañado del de Tizon, penetraba en la estancia en donde se habia cometido la más villana de las felonías.

Apénas puso el pié en ella el monarca dejó escapar un grito de sorpresa.

En círculo, y pendientes de la bóveda de modo que formaban la figura de una campana, se veian los mutilados cuerpos de los conjurados, manando aún sangre.

—Qué os parece, señor, mi obra? preguntó Monteagudo.

—Magnífica! repuso Don Ramiro. ¡Lástima grande que tenga sólo un defecto!

—Cuál?

—La falta de badajo.

—Ya habia pensado en ello; ¡creeis, señor, que la cabeza del conde de Atares serviria para el caso!...

—No, la vuestra producirá mejor sonido.

—Señor, misericordia!...

—La tuvisteis vos acaso?

—Piedad! piedad! exclamó en el colmo de la desesperacion Monteagudo, asiéndose de las vestiduras del monarca.

—No la imploréis, repuso éste saliendo de aquella sangrienta estancia, é indicando al mismo tiempo al verdugo que compliese en seguida su terrible sentencia.

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

(Se continuará.)

## RECUERDOS DE VIAJE.

### EL PALACIO PAOLI.

Siena es una de las capitales más poéticas de Italia vista desde alguna distancia, y la que menos corresponde á las esperanzas del viajero que penetra en ella. Mag-

níficamente situada sobre tres colinas, y precedida de una larga calle de frondosos árboles, parece que su interior debe ser igualmente bello y agradable. Léjos de eso, sus calles son desiguales, irregulares, tortuosas, y por lo general estrechas, hasta el extremo de no poder transitar por ellas los carruajes. La mayor parte de las casas son de ladrillo, las calles pavimentadas de lo mismo, y las casas de la nobleza, llamadas palacios, nada presentan digno de atencion en su arquitectura y adornos.

Sin embargo, tiene una hermosa catedral, edificio gó-



CEMENTERIO PAGANO.



CEMENTERIO CRISTIANO.

tico, todo de mármol blanco y negro, y con pavimento de mosaico, y muy buenas iglesias.

Los habitantes de Siena se envanecen principalmente de tres cosas: hablar con suma pureza la lengua del Dante, poseer las más hermosas mujeres de Italia y haber dado cuna á Santa Catalina, á San Bernardo, y á otros muchos hombres eminentes y no pocos papas.

Era el anochecer cuando salí de Siena, con mi reducido equipaje al hombro, como verdadero Tourista, y me detuve asombrado delante de un antiguo palacio medio arruinado y escondido entre las frondosas y frescas arboledas. Era tan bella su posicion, tan apacibles las auras que se respiraban en aquel sitio, tan armoniosos los cantos de los pájaros que entonaban su despedida de la tarde, tan puro el cielo que nos cobijaba, que no pude ménos de exclamar, dirigiéndome á mi guía

—¡Quién me diera poder vivir y morir en este lugar delicioso, en ese palacio solitario!

—Ah! me contestó mi compañero suspirando, los hombres, léjos de gozar con los presentes de la naturaleza, levantan tempestades en medio de los oasis más apacibles y risueños. En ese sitio, segun cuentan, nació Socino, el fundador de la herética y famosa secta de los Socinianos, y como si pesase sobre él todavía la cólera divina, pocas veces se vé habitado. Su propiedad ha pasado de una mano en otra, pues sus dueños sienten aquí un indefinible malestar que les obliga á abandonarlo. Su actual poseedor es inteligente y activo. ¿Logrará devolverle su antiguo esplendor? Lo dudo, porque hasta la naturaleza se rebela y patentiza su odio al que, nacido con talento, perturba el mundo con la falsedad de sus doctrinas.

## LOS CEMENTERIOS.

*Paz á los muertos en sus tumbas.*—He recorrido muchos países, he visto muchas cosas, he tratado con muchas gentes de diversas y encontradas religiones, civilizadas é incultas, en un sólo punto las he hallado á todas acordes: en el respeto tributado á los que han dejado de existir, en conceder á los restos de sus antepasados un seguro asilo.

Desde las pirámides de Egipto hasta la hoguera del salvaje, hay un encadenamiento singular de costumbres, todas encaminadas á un mismo fin, todas obedeciendo á una misma idea: el respeto á los difuntos. Los estudios prehistóricos, tan de moda hoy, nos muestran por todas partes sepulcros que patentizan la piedad de aquellos seres antediluvianos, á los que llamamos bárbaros.

Hijos del siglo XIX, marchad en buenhora en alas del progreso, destruidlo todo, reformadlo todo, pero no violeis la paz del cementerio. Dejad á la huérfana, á la viuda, á la madre desolada, que vayan á llorar sobre la losa que cobija los restos de las prendas de su amor, dejadla siquiera ese augusto y silencioso recinto, en donde pueda evocar las queridas almas que moran en el cielo. Respetad siquiera á los que han reclinado su cabeza en la fria piedra, adormeciéndose

tranquilos en su postrero inviolable asilo. ¡Paz á los que han dejado de existir: paz á los muertos en sus tumbas!

NICASIO ALVAREZ.

## A LA AGONIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

### ELEGÍA SAGRADA.

Por qué suena ese estruendo fragoroso?  
Por qué chocan las piedras una á una?  
Por qué en medio de un cielo tenebroso,  
Se ve lucir ensangrentada luna?  
Por qué el sol, que ántes era luminoso,  
Se muestra opaco sin dar luz ninguna?  
Qué produce el trastorno tan inmenso,  
Qué tiene cielo y tierra así en suspenso?



El Hombre-Dios espira entre agonías,  
En la ominosa cruz do está enclavado:  
Sus facciones contritas y sombrías,  
Demuestran que muy pronto habrá espirado.  
Palabras insultantes é impías  
Los sayones pronuncian á su lado,  
Y en el dolor intenso más profundo  
La vida acaba el Redentor del mundo.

Quiso nacer de madre santa y pura,  
Redimiendo á los tristes pecadores:  
Acaba su existencia en la tortura  
Y espirando bendice á los traidores.  
El cáliz ha apurado de amargura  
Gota á gota sufriendo mil dolores;  
Y sus lábios no exhalan ni un gemido;  
No da su débil pecho ni un quejido.

Su mirada se eleva al alto cielo;  
Sus lábios se han movido y han orado,  
Suplicando á su padre con anhelo,  
Perdone á los que le han crucificado.  
En su triste y amargo desconsuelo,  
Recuerda á los que le han sacrificado:  
Su sangre generosa está vertiendo  
Y al verdugo bendice, así muriendo.

Escucha al buen ladrón que está á su lado  
Su relato de crímenes conciso;  
Y le dice su acento fatigado:  
"Comigo habitarás el Paraíso."  
Y al ver al otro que con rostro airado,  
Orgulloso se muestra, no sumiso,  
Contempla que del réprobo es hechura,  
Y llora por la humana desventura.

Jesús mira á su Madre prosternada  
Con dolor muy intenso y muy prolijo;  
Por dardos punzadores traspasada,  
Revelando el martirio en su alma fijo:  
Advierte va de Juan acompañada,  
Y la dice: "Mujer, ahí está tu hijo."  
Y añadió á su discípulo inocente:  
"Ahí tu Madre está, Madre ferviente."

La sangre que en arroyos ha brotado  
Por el borde de todas sus heridas,  
Su sacra humanidad ha consternado,  
Sumida en aficciones nunca oídas.  
"Así me has, oh, mi Dios! abandonado."  
Triste exclama entre angustias no medidas,  
Y sus ojos anubla ya la muerte,  
Que va á dejar su cuerpo frío é inerte.

Y dice: "Tengo sed," con voz dolida,  
Y en una esponja, con vinagre acedo,  
Le dan para gustar atroz bebida,  
Con gran fiera, con brutal denuedo.  
Contristada está su alma y oprimida,  
Ve á la Parca avanzar con paso quedo,  
Y medir su cruelísimo tormento,  
No es dado, no, al humano entendimiento.

La tierra contra el Justo se conjura;  
La eterna voluntad se halla cumplida,  
Estaba consignado en la escritura  
Que debía Jesús perder la vida,  
Agotando las heces de amargura,  
Por su amor á los hombres sin medida:  
Vedle allí, como aguarda el trance fuerte,  
Que pronto va á sumirle en cruda muerte.

Exclama con voz lenta y apagada:  
"Todo se consumó; y á tí encomiendo,  
Padre mio, mi espíritu" y airada  
La muerte entra en su seno, descendiendo  
Su alma presto á la límbica morada:  
La culpa antigua, con su amor venciendo  
Inclina la cabeza al pecho triste,  
Y el Hijo del Dios vivo ya no existe.

Jerusalén, ciudad rica y hermosa,  
Qué se han hecho tu brio y tu belleza?  
Tú que antes te mostrabas orgullosa,  
Cómo inclinas al polvo tu cabeza?

Yaces, ay! por el suelo congojosa,  
Desde el día nefando de torpeza,  
Que el crimen concebiste tan malvado,  
Que con tanta crudeza has perpetrado.

Dispersos andarán tus moradores,  
Un refugio buscando en las montañas,  
Y cual párias verás á tus señores,  
Habitando entre razas siempre extrañas:  
Qué funestos y crueles sinsabores  
Va á costarte la furia de tus sañas!  
Te verás reducida ya á la nada,  
Feliz en otro tiempo, hoy desdichada!!!

ISABEL DE VILLAMARTIN.



### EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza,

(Continuacion).

#### CAPITULO III.

DONDE ERNESTINA DEMUESTRA AL CONDE SUS SUFRIMIENTOS  
COMO AMANTE Y COMO SEÑORA.

— ¡Recuerda V. señor conde, nuestra despedida en Salamanca! le preguntó Ernestina dolorosamente; ¡recuerda V. las promesas, las protestas de amor eterno que V. me hizo? ¡Y cuánto duró el cariño que V. con tanto fuego me pintaba? Quince días! Me dá risa; pero es una risa horrible, es la risa del dolor y del excepticismo; ¡qué amor tan grande era el que V. me profesaba? ¡Un amor que no pudo resistir á quince días de ausencia! ¡Oh, Dios mio, Dios mio! añadió con cólera; ¡qué sonrojo y vergüenza para mí! el haber amado hasta la locura á un ser tan indigno y miserable como V.! El habérselo yo sacrificado todo para recibir en cambio la infamia!

Conde! la sociedad es en extremo cruel con la pobre mujer que tiene la desgracia de olvidar por un sólo instante sus deberes, graba sobre ella la culpa toda, cuando es un delito que cometen igualmente el hombre y la mujer. Si ella es culpable, sea en buena hora desechada; pero que el hombre haya de quedar á salvo es absurdo y ridículo; ¡por qué ha de ser ella vilipendiada y el libre de toda culpa? Oh! esto es una iniquidad! Además, señor conde, ¡no merece compasion una infeliz mujer que está poseída de una pasión tan inmensa como la que yo sentía por V.?

Lo digo sin exagerar, si V. me hubiere pedido la vida, se la hubiera dado sonriendo: si V. me hubiese tomado de la mano y me hubiera dicho que era preciso que nos arrojáramos al Tormes, no hubiera vacilado un instante.

Y dígame V. señor, ¡la mujer que ama así no merece alguna disculpa? y si no la merece, ¿puede merecerla acaso el hombre?

Si él con la mayor calma y sangre fría gradúa día por día, hora por hora, la exaltación de la mujer para arrojar-se como el gavilán sobre su presa, es porque sabe que él es libre, que es independiente, y que sobre él no recaerá la deshonra. Mas oh! gritó con delirio, falta la soberana justicia de Dios, que con su maldición persigue por do quiera. La sociedad injusta le perdona, pero tras ella está el grito de su conciencia, que es el anatema del señor.

Conde, si la mujer considerase al hombre con un poco de calma, le hallaría egoísta, perverso, y aún despreciable, y sólo le inspiraría miedo y repulsion.

Ernestina se detuvo quebrantada y gruesas gotas de sudor corrieron por su frente. El conde permanecía silencioso y aterrado.

La jóven hizo un esfuerzo y luego continuó con voz más débil:

— Por espacio de quince días tuve cartas de V., cartas llenas de falsedades; pues ya tenía V. tramada su perfidia.

El primer día que me faltó mi cotidiana carta, me alarmé, el segundo me estremecí de terror, creyendo á V. enfermo. En cuanto á los sucesivos, por espacio de un mes, no puedo explicar lo que sentí, sólo que mi padecer fué horrible. Ah! señor, V. no sabe la angustia y la agonía que es esperar con afán una carta, y que esta

carta no venga! V. no sabe lo que es contar las horas, y aún los segundos de espera, que parecen ser los últimos de la vida! ¡Y al llegar la hora del correo? Al sentir llamar, lanzarse á la puerta como una loca! Y para qué? para sufrir un desengaño! Y murmurar con voz desfallecida: quizá venga mañana! ¡Y el mañana ser como el día anterior! y el otro... y el otro lo mismo. Esta fué mi vida por espacio de un mes. Le escribí á V. algunas cartas en que le relataba mi sufrimiento horrible, cartas que fueron regadas con mis lágrimas; lágrimas del dolor más acerbo, y á ninguna tuve contestacion, y permanecí en la misma angustiosa incertidumbre, que es peor que la espantosa realidad. Oh! Dios de misericordia! cuánto he sufrido! Me extremezco al recordarlo! ¡Y aún tiene V. atrevimiento para decirme que no le amé? ¡Para pedirme cariño? Nunca! añadió con odio reconcentrado. ¡Le aborrezco á V., y entre los dos, sólo puede haber, de V. hacia mí, la indiferencia: de mí hacia V., el desprecio!

— Ernestina! gritó el conde con sincero dolor, tenga V. lástima de mí, sufro mucho.

— De veras? exclamó la jóven con una histérica carcajada, que sólo una loca podía lanzar; de veras? ¡con que sufre V.? bah! aún estamos empezando.

Al poco tiempo de estar V. en Madrid, no me quedó la menor duda de que había sido infamemente abandonada, y que otra ocupaba mi lugar. Le amaba á V. con delirio, así, pues, juzgue V. de mi dolor! Mis días eran de luto y de lágrimas, mis noches de fatiga é insomnio, y si en algunos momentos el sueño quería reparar mis fuerzas desfallecidas soñaba lo mismo que pensaba, y despertaba para prorrumpir en lamentos lastimeros.

¡Cuántas veces en mi lecho mordía las sábanas con desesperacion para que no se oyese mis ayes! porque nadie tendría lástima de mi dolor, porque existen penas que es preciso ocultar en lo más recóndito del corazón. El tormento mayor era el tener que disimular, y si venia alguna persona á verme recibirla con la sonrisa en los labios cuando tenía en el alma la muerte.

Recuerdo que en uno de los días de más cruel desesperacion, fui convidada á un baile y tuve que asistir agonizando.

Si viera V., señor Conde, qué hermoso es llevar la frente coronada de flores, flores que pinchan como si fuesen espinas, y hablar, bailar y sonreír con todos, para que no comprendan que nos está asesinando la pena! Oh! y en algunos momentos, tener que llevar las crispadas manos al corazón para contener sus latidos, pues quiere saltarse del pecho hecho pedazos. Señor, este placer lo disfruté yo en el baile, y al regresar á mi casa creí que aquella noche era la última de mi existencia. Entonces le maldije á V. de lo íntimo de mi corazón, y pedí á Dios con fervor que si yo no podía vengarme le castigase él con su justicia soberana, súplica impía, lo sé, pero estaba loca.

Mi vida era un infierno continuo: Primero creí que la pena me mataría, pero bah! se tiene más resistencia de la que se cree para sufrir. Despues pensé perder la razón, y la conservé. El tiempo! bálsamo que el Dios de bondad nos dá, fué mi lenitivo. En mis primeros momentos pedía la muerte ó su cariño de V., despues, más tarde, la venganza. Y al fin de todas estas grandes pasiones sólo quedó la indiferencia, el desdén y el desprecio más absoluto hacia un ser que hizo la desgracia de mi vida. Sentí remordimiento y vergüenza de haberle querido á V., y esta fué mi curacion.

— Ernestina, por piedad! calle V., ya no puedo oír más! sollozó el Conde.

— Bah, bah! replicó la poetisa con sarcasmo, estos fueron mis sentimientos y sufrimientos como amante, ahora faltan los de mujer honrada y señora. No se queje V., puesto que V. fué quien deseó tener esta entrevista. Por qué insistió V. en verme? Por qué no se retiró V. al instante? Por qué me dijo V. que no le había amado? Insulto grosero á la mujer que todo lo pospuso á su cariño!

Sufra V., pues en este momento yo gozo, mi corazón respira tanta hiel que se desborda; prosigo mi agradable narracion; añadió con insultante sarcasmo.

Al verme abandonada y cubierta de infamia, con un hijo en mi seno que no tendría padre, al pensar en la desesperacion de mi familia y el baldon que caería sobre el nombre ilustre de Ponce de León, quise quitarme la vida, mas era cristiana y la religion me salvó.

Cuando Dios me tenía en el mundo, para algo permitía su justicia, no quise ya ser más culpable de lo que había sido y ofrecí mis sufrimientos horribles como una expiacion de mi delito. Aún tenía la ilusion de que se arrepentiría V. y regresaría á mi lado antes que mi falta se hiciese pública. Pensaba en sus palabras, recordaba



que era V. un caballero. Nécia de mí! Hoy en día no hay caballeros; todos son sólo hombres. A cada momento estaba temiendo que mi falta se hiciese pública; me parecía que todos leían en mi frente la impureza y el deshonra. Oh! qué sufrimiento este para una mujer honrada, qué padecer para una señora de mi clase!

Llegó el tiempo prefijado por la naturaleza y dí á luz á mi infeliz hijo. Mi hermano al saberlo, juró que le mataría á V. y corrió á buscarlo. Yo desde entonces no volví á ver á nadie y retirada en una quinta vivía como una prisionera; entonces pensé en el claustro, pues si los hombres orgullosos me rechazaban, el Señor bondadoso me acogiera; pero ¿quién cuidaría de mi hijo, mi pobre-cito Augusto?

Mi cariño maternal pudo ya en mí mas que todo: dejé la quinta de mi hermano y vine á Madrid con Ana. Aquí nadie me conocía y pasé por viuda, dándome á conocer con el nombre de señora de Durango.

Vivo de la literatura, curo en ella mi distracción y mi esperanza de engrandecimiento. Cuántas veces, ay! mis lágrimas cayeron sobre el papel en que escribía mis mejores composiciones!

Esta ha sido mi vida; esta será mi vida de aquí en adelante. Retírese V. puesto que todo ha concluido ya entre nosotros. Ya sabe V. lo que deseaba saber: que no amo ni volveré jamás á amar.

—No, Ernestina, exclamó el Conde arrojándose á sus pies delirante y cogiendo una de sus manos; no pronuncies mi sentencia! Yo te amo, sí, mi cariño hacia tí vuelve más ardiente é inmenso que el primer día; perdóname por tu hijo, que es el mío; yo puedo darle nombre, riquezas y la consideración.

—Que me ama V.? replicó la jóven con irónico desprecio; no, su amor de V. sólo es vanidad: si no me hubiese visto coronada de laureles, si no hubiese oído mi nombre aclamado con entusiasmo, sería hoy el esposo de Magdalena, la bella y codiciada. Me ofrece V. un nombre para mi hijo. No lo necesita! Augusto tiene el mío, que yo procuraré hacer célebre por medio del talento.

—¿Con que no concede V. la menor esperanza á mi arrepentimiento! exclamó el Conde fuera de sí. Si hoy no, tal vez mañana logre calmar su enojo.

—Jamás! contestó Ernestina con energía; es tarde para el arrepentimiento.

—Pero y mi hijo? repuso el Conde con exaltación. Será V. capaz de privarme de mi hijo?

—Su hijo de V.! gritó la jóven; Quién le ha dicho á V. que mi hijo lo era suyo? No! mi hijo sólo tiene madre por que su padre ha muerto!

Calló, se recojó algunos momentos en sí misma y luego repuso con solemne calma.

#### CAPITULO IV.

DONDE EL LECTOR VERÁ CÓMO ERNESTINA PONCE DE LEON DEMOSTRÓ AL CONDE DE ROSENAL QUE SU HIJO NO ERA SU HIJO.

—Dígame V., señor Conde, dígame V., ¿es justo que un caballero, que es amante de una dama, que la compromete seriamente, cuando su nombre debiera ser el escudo de una falta que es mutua, es justo que la abandone vilmente á su deshonra, y haga lo mismo con el desgraciado fruto de un momento de olvido? ¿Que no vuelva á pensar en la infeliz mujer ni en su hijo, no ocupándose de si los desgraciados murieron quizá de hambre en una esquina? Que en vez de ser padre, ya que no supo ser ni amante, ni caballero, no procure informarse de la suerte de su hijo, para darle una posición decorosa, y asegurarle una subsistencia? El que como V. nada de esto hizo, y tiene el atrevimiento de decir: *Es mi hijo*, merece que se le pregunte: Y por qué es su hijo de V., Señor de Rosental? por que V. haya enamorado por pasatiempo á una señorita de mi clase, porque V. la haya sumido en el oprobio y el deshonra, cubriendo de baldón á su ilustre familia, pretende V. ser el padre del hijo que llevó en su seno? No, no! mil veces no! V. no es el padre de mi hijo; en nada le pertenece. Yo le he alimentado con la sangre de mis venas, yo he velado junto á su cuna noche y día, yo he trabajado incesantemente para asegurar su bienestar, yo he soportado sin murmurar, por amor suyo, los sarcasmos del mundo. Yo soy su madre, yo; V., sólo es un infame seductor que le condenó á la horfandad y á la deshonra. ¡Retírese V. y no reclame unos derechos falsos é irrisorios!

—Ernestina, dijo el conde con rabia comprimida; para maltratarme así, para vilipendiarle así, preciso es que albergue V. en su corazón otro amor. Será verdad lo que me han dicho? Será verdad que acepta V. los obsequios del duque de Erincourt?

—Basta! exclamó, pálida de cólera y con la altivez de

una reina ofendida. Si cree V. que por haber sido débil un momento tiene derecho para insultarme, se equivoca, pues haré que mis criados le arrojen de mi casa. Nunca amaré al duque de Erincourt, ni á otro ninguno. Las mujeres como yo podrán cometer una falta, pero no pertenecen en su vida más que á un hombre.

¡Ernestina Ponce de Leon no pertenecerá más que al estudio y á su hijo, que no es el de V., puesto que quiso que mi Augusto no le diera el dulce nombre de padre!

—Pero será posible! murmuró el conde anonadado, será posible que del amor inmenso que V. sintió por mí no queden ni aún recuerdos?

Ernestina se estremeció y tembló, pero poniendo una mano sobre el corazón, dijo con solemne acento:

—Nada queda aquí del cariño que algún día sentí por V.; nada resta ya de aquel amor ardiente que era mi vida y del que creí que el olvido me llevase al sepulcro. Sólo indiferencia siento hacia todo y para todo. Quién ha matado este amor? V. quién me ha convertido en una estatua que se mueve? Las lágrimas que V. me hizo derramar.

Si es verdad que hoy vuelve V. á quererme, ese amor será su castigo. Yo nada puedo ya sentir, más fácil sería animar el frío mármol.

—Oh! Dios mío! Dios mío! gritó el conde con sombría desesperación, arrojándose á los pies de Ernestina y permaneciendo postrado. Desgraciado de mí! que con mi infame abandono apagué el amor sublime que ardía en su corazón de V. Infeliz de mí! que con mi indigno proceder renegué hasta de ser padre! ¿Cómo he de llamar hijo, en efecto, al que no vió mi rostro inclinado sobre su cuna? al que no prodigó el menor cuidado? Ernestina, quizá tenga V. razón que este amor sea mi castigo, pues nunca la amé á V. con tanta pasión como ahora. Miserable naturaleza humana! añadió con furor, siempre deseando lo imposible! Cuando V. me amaba, yo la abandoné, y hoy que nada puedo inspirarla, la adoro como un loco; se lo juro á V., la idolatro y soy el hombre más desgraciado de la tierra.

—Y cree V. que yo soy más dichosa? murmuró la poetisa con acento desgarrador; yo, que he visto marchitarse mis más queridas ilusiones! yo, que ví mi amor despreciado y escarnecido! yo, que tuve que maldecir al hombre á quien un día adoré! que me encuentro deshonrada! que vivo con un nombre supuesto! que soy, en fin, una desgraciada mártir de mi amor y de mi culpa!

Señor conde, VV. los hombres no saben lo horrible que es para una mujer perder sus ilusiones! sus creencias! y esa fé en la bondad del que Dios le diera por compañero. Que sus días se deslicen iguales y monótonos, lo mismo unos que otros. Que ella que era toda emociones, toda ternura, se convierta en una planta estéril y parásita. VV. no son capaces de comprender lo espantoso de una decepción. Convertir á su amante en ídolo y tributarle un entusiasmo culto, y hallar que es un ser despreciable, un ídolo de barro, al que tiene que arrojar sonrojado de su pedestal, es un desengaño horrible!

—Sí, es cierto; murmuró el conde dolorosamente. Pero Ernestina, un sincero arrepentimiento. Será posible que no pueda esperar nada?

—Es tarde! repitió ella con voz opaca; es ya muy tarde! Devuélvame V. mis ilusiones, mis creencias perdidas, el sentimiento, en fin, inspireme V. algo! imposible! Si no le hubiese á V. amado con tanto delirio, si fuese yo una de esas mujeres que sienten amor un mes y luego se consuelan con otro que les ayuda á llevar la pena del anterior; quizá le perdonase, pero, añadió con aire cruel; una mujer que llora todos los días sus amores perdidos, muertos! Oh, no sabe V. la hiel que se amontona, día por día, para el que tuvo la culpa; el odio que guarda para el que no supo ni comprenderla ni apreciarla! Nunca, señor conde! primero el cielo se uniera con la tierra, que yo sea su esposa de V.

—Con que ninguna esperanza me resta! gritó Rosental corriendo por la sala como un loco.

—Jamás espere V. nada, dijo la jóven con nobleza, pero aún puede V. merecer mi amistad; hágase V. digno de ella y le aseguro que no hallará otra más desinteresada.

—Y para qué quiero yo su amistad de V.? respondió Alberto con cólera.

Oh! ese es el peor insulto que puede V. hacerme. La mujer que amó con pasión á un hombre y le ofrece fríamente su amistad, es la más grande prueba de indiferencia que puede darle. Después del amor comprendo el odio, pero la amistad, nunca.

Pues bien, ya que no quiere V. perdonarme, ya que dice V. que su hijo no es el mío, veré si las leyes me favorecen, le reclamaré por justicia.

—Lindo pleito será á fé, contestó Ernestina con tono

burlon. No dará poco que decir, bah! añadió con desprecio, V. siempre será el mismo. Y es ese su arrepentimiento? quiere V. envilecerme con ese litigio, puesto que para todos paso por viuda? Séa, verémos quién vence! desde hoy no le conozco á V., á ver cómo prueba V. que mi hijo lo es suyo?

Después, señalándole con un dedo la puerta, le hizo una fría reverencia y desapareció por la de enfrente.

El conde, al hallarse sólo, se retiró rugiendo como un león enfurecido.

(Se continuará.)

E. FELJÓO Y DE MENDOZA.

#### CUELLOS DE PAPEL.

Solamente en los Estados-Unidos se consumen al año ciento cincuenta millones de cuellos de papel, cuyo número aumenta rápidamente á medida que la fabricación se perfecciona.

Los hay de dos clases, de papel y tela ó de papel solo. El papel, que sirve para ambos, se hace con buen trapo y se le moldea en hojas de 91 cents. de largo y 40 de ancho y bastante grueso. Se le barniza con una capa brillante, y se le seca al vapor.

Para darle el aspecto de una tela, se coloca entre cada dos hojas un pedazo de muselina, siguiendo así en una pila en que alternan el papel y la muselina, hasta componer 15 hojas que se hacen pasar juntas por entre dos rodillos de acero, cuya acción basta para marcar el tejido de la tela sobre el papel.

Se pulimenta en seguida cada hoja separadamente, pasándola sobre brochas que tienen un movimiento circular muy lento. Se cortan luego las hojas en la forma definitiva, por medio de un gran sacabocados de acero que tiene la forma del cuello: 80 hojas se colocan á la vez bajo este útil, y las corta de un golpe. Falta sólo hacer los ojales y el moldeado.

En un extremo del taller hay grandes montones de muselina, cuyo número no es fácil adivinar á primera vista. Esta muselina está cortada en pequeños pedazos elípticos, cada uno de los que se pega en los sitios que han de ocupar los ojales, con objeto de reforzarlos. Una máquina muy ingeniosa coloca estas piezas de tela y hace los ojales; imita el pespunte ó dobladillo que hay alrededor del cuello, é imprime el número de su ancho; todo lo cual se hace simultáneamente.

Para moldear los cuellos y permitir que se adapten bien, hay una sencilla máquina que marcha con una rapidez asombrosa. Después las obreras los colocan por docenas en las cajas: cada una embala 20.000 cuellos al día. La última operación es poner las etiquetas en las cajas y clasificarlas por tamaños.

Los cuellos que contienen tela son algo más caros que los hechos totalmente de papel. Se fabrican del mismo modo: pero se ahorra el darles el aspecto de tela, pues se coloca la muselina al exterior.

Los puños se fabrican en los Estados-Unidos de un modo análogo. Nueva-York posee varias fábricas que trabajan en gran escala sobre esta industria.

(De la Gaceta industrial).

#### Explicacion del Figurin 1070.

FIG. 1.<sup>a</sup>—*Traje de reunion*.—Falda de cola, de faya maíz, orillada con un volante plegado. Túnica de gasa blanca, adornada con rico encaje y recogida en tres bullonados por medio de cintas negras. Cuerpo de aldetas plegadas, escotado y con mangas largas y ajustadas.

Cinturon negro que cierra á un lado. Fichú de gasa orillado de encaje. Ramo de rosas encarnadas en el pecho y en el peinado.

FIG. 2.<sup>a</sup>—*Traje de visitas*.—Vestido de faya negra. Los paños de delante van plegados de arriba á abajo, y sostenidos los pliegues por tres flecos rizados Habana, terminados á ambos lados con lazos de cinta del mismo color y una tira ancha de faya Habana. Dolman de cachemir blanco, adornado todo alrededor con una tira de faya Habana. La misma tira, más estrecha, forma tirantes, que rematan por detrás en la cintura bajo un lazo. Sombrero Habana adornado de flores y plumas negras.

FIG. 3.<sup>a</sup>—*Traje de primavera*.—Es de lana verde. La falda lleva cinco volantes, el primero con cabeza. Túnica abierta por delante, recogida por atrás en pouf y orillada con una tira de terciopelo verde. Cuerpo de aldetas redondas por atrás, y por delante en forma de chaleco largo, de puntas cuadradas. Mangas ajustadas, con vueltas de terciopelo. Sombrero guarnecido con encaje negro, esprit y cintas verdes.





## EL ASNO BLANCO.

Tengo en mi cortijo un asno blanco, que me saluda al verme llegar con extremos de alegría, que me sigue á todas partes como un perro, y que responde á mi voz con sus rebuznos graves y pausados.

Algunas migajas de pan han sido el fundamento de nuestra cordial amistad, pues yo confieso que le correspondo con el mismo afecto. He hecho más, he buscado entre los escritores, ya que no podía hacerlo entre los que me rodeaban, tan prevenidos en contra suya, algún juicio que le fuese favorable, y hé aquí lo que opina Buffon, haciendo justicia á sus buenas cualidades.

El asno, dice, no es un caballo degenerado, no es un intruso ni un bastardo; cuenta, como todos los demás animales, ascendientes propios, pertenece á una familia, á una especie, á una clase. Su sangre es pura, y aun que su nobleza sea ménos ilustre, es tan antigua como la del caballo; ¡por qué, pues, se le trata con tanto desden, con tan insignie menosprecio? Consistirá, tal vez, en los servicios que presta, en los pocos cuidados que exige, en su humildad, en su paciencia?

Quizás sí, porque el hombre, ingrato, suele pagar con el desprecio á los que mejor le sirven.

Cuando es joven es muy vivaracho, muy alegre, muy jugeton, despues cambia por completo, haciéndose sério, grave, mesurado. Este cambio, sin duda, consiste en los castigos que se le propinan con frecuencia y sin justa causa, porque no todos sienten el cariño que profesaba á su rúcio Sancho Panza.

A pesar de su mala fama, el asno es bastante inteligente. Conoce á su amo, distingue los lugares que habita, los caminos que frecuenta, tiene la vista perspicaz, el olfato admirable y excelente oído.

Dócil y sumiso, soporta las mayores cargas, sufre sin murmurar los peores tratamientos, no protestando de otro modo más que con bajar la cabeza y agachar las orejas.

Es el verdadero amigo del pobre por su sobriedad, pues se contenta con las yerbas más duras y más malas, y aún estas en corta cantidad, y por los inmensos servicios que le presta.

Todo esto, dice Buffon, sin conocer las altas cualidades que adornan á mi excelente amigo el asno blanco.

GERARDO LOPEZ.

## REVISTA DE MODAS.

La importancia de los modelos de la estacion que tengo á la vista, me impone el deber de dirigiros una vez más la palabra anticipando esta breve reseña que no debia tener lugar hasta el número próximo, pero ¡quién espera ocho días más tratándose de novedades? En ellas una hora despues significa la pérdida de la ocasion! Pasados los piadosos ejercicios de estos días, la moda volverá á ostentarse en paseos, teatros y salones, y justo será que no os encuentre desprevenidas é ignorantes de sus últimos decretos. Las telas ligeras comienzan á rivalizar con las de colores oscuros y los foulars á lunares de colores y sembrados menudos sobre fondos lisos figurarán en primer término para las jovencitas. Como novedad para túnicas, háblase de una tela á rayas mates y rayas caladas que será una feliz imitacion de las que se han hecho con entredoses de encaje, túnicas que sólo algunas damas de elevada posicion han podido lucir por su excesivo coste; pero que en negro, colocadas sobre un traje de color, han sido un modelo de riqueza y elegancia: este mismo gusto en tegidos modestos y en colores gris y cru-

do, se aguarda en algunos comercios y en cuanto hayan venido recibireis el aviso correspondiente. En casa de los señores Palacios y Elias, Cármen 19, ha llegado ya la sedería de la estacion, en colores lisos la mayor parte, pero tan extraños como indefinibles: el verde alga, el azul serpiente, el cierva, verde oliva y gris, desde el plata y gris rosa para traje de sociedad, hasta el gris hierro ó humo de Londres. Con él ha venido el surtido de damascos, rasos y encajes que hacen de esta casa una de las primeras en géneros ricos y elegantes.

Os diré tambien que por el momento los vestidos de dos tonos en un color mismo parecen ser la novedad de la estacion, y no es por cierto poco afortunada. Los vestidos de dos tonos son ricos y severos, vistosos sin chocarria y no dudo asegurarles un éxito extraordinario: su forma más distinguida es la de distinto adorno en las faldas por detrás que por delante, con túnicas muy recogidas de atrás y el complemento de la chaqueta que suele hacerse en solapas ó adornadas con encajes ó pasamanería de uno de los dos tonos. No ha muchos días he podido admirar en casa de Elisa Grenet, Puerta del Sol, 11, un traje de este gusto, destinado á una de nuestras damas de la primera aristocracia: era de faya azul eléctrico, y azul verde aceituna, el adorno de este último color, y



EL ASNO BLANCO.

su combinacion, que hace honor á la modista, consistia en ancho delantal formado por cuatro órdenes de bullones perpendiculares, separados por estrechísimos bieses del azul oscuro y á los lados encaje de este color: la parte de atrás de la falda la ocupaba ancho volante con encaje á los dos bordes y más alto un tableado muy ancho desfilado al pié y colocado entre otros dos encajes, y la túnica, muy corta de adelante, terminaba por detrás casi en el talle en un gracioso lazo. La chaqueta repetia el adorno de bullones y encajes y la manga y el escote iban realzados por plegados de tul Malines. No hay idea de lo distinguido de este traje de dos matices profundamente mezclados.

Esta casa ha recibido hace ya días, los modelos de primavera en sombreros y adornos: entre los primeros, los hay tan atrevidos y de tan variadas formas, que se resisten á la descripcion. Los hay de medio Rabagás, con ala levantada por delante, caída por detrás y copa elevada; de forma Imperio, con ala caída y copa pronunciada, de forma Renaissance, con ala vuelta todo alrededor y por fin con el ala vuelta sólo de la izquierda, modelo lleno de gracia y de coquetería, que realza Elisa doblemente con lo ingenioso de sus adornos. Todas estas formas se ven en faya de colores, en paja de arroz, en tul y en gasa Chambery, de uno ó dos colores combinados. Imposible seria describiros todos los que llamaron mi atencion despues de adornados, porque necesitaria muchas páginas, pero os señalaré de paso uno de tul negro, medio Rabagás, con cintas de moiré negras, grupo de flores Pompadour en rosa azul y grana y lazo de los mismos colores al lado derecho: otro de paja de arroz con terciopelo negro sujeto el lazo con gran hebilla de acero, una rosa pálida y pluma azul marino: otro de color lila con plumas de este color y otro y las bridas verde Nilo. Otro, en fin, de castor blanco, con terciopelo negro y moiré

azul y rosas quemadas de una novedad grande, y en fin, si me propusiera reseñar cada una de las novedades allí admiradas en sombreros, flores y plumas, seria interminable esta reseña y aún así os daría imperfecta idea de modelos que son para admirados más bien que para descritos.

No cerraré estos apuntes sin hablaros de un traje de calle modesto y elegante que tengo á la vista: la falda redonda de color de cierva, lleva bieses por delante de seda marron y quillas de bullones de este mismo color separados por junquillos del otro tono. Toda la parte de atrás va cubierta de volantes sujetos con patas marron, y completa el traje chaqueta con la aldeta abierta por detrás y en los costados, con vueltas marron y rizado en el escote de este color, que baja en biés desde el hombro á rematar con lazo en el pecho, del que parte una cinta marron que remata con otro en el hombro: es un modelo lleno de gracia y sencillez que realzará vuestra natural elegancia.

JOAQUINA BALMADEA.

No hay nada más grato para nosotras, que recomendar á nuestras suscriptoras un establecimiento en dónde

puedan surtirse con entera confianza, tanto por lo que respecta á la bondad de los géneros, cuanto por su baratura y el esquisito gusto que preside á todas sus confecciones.

En este caso nos encontramos al recomendarlas la tienda de Modas de doña Teresa Perez, titulada *La Siempreviva*, calle de Preciados, 18. Allí hallarán preciosos sombreros de todas clases, flores, ropa blanca y trajes de señora y niños, que se hacen con la mayor prontitud, esmero y economía.

\*\*

Han remitido posteriormente soluciones á la charada *Tarazona*, inserta en el núm. 10, las señoritas doña Francisca Rocafort y Burcet y doña Dolores Burcet y Romero, de Marín; doña Eulalia Ocaña, de Badajoz; doña Angustias la Llana, de Santander; doña Tomasa Ocampo, de Valencia; y doña Benigna Fernandez, de Teruel.

\*\*

Soluciones á la charada inserta en el núm. 12 por las señoras doña Cármen Areche, de Sevilla; doña Julia Amares, de Girona; doña Marcelina Perez, de Zaragoza; doña Eufasia Santaella, de Badajoz; doña Gertrudis Gomez, de San Sebastian; doña Justa Martinez, de Cádiz; doña Casta Arévalo, de Girona; y los Sres. Don Eleuterio de Soria, de Málaga; D. Evaristo Cienfuegos, de Barcelona; D. Tomás Santos, de Jaén; y D. Cecilio Rodriguez, de Valencia.

TARAVILLA.

## CHARADA.

Prima y segunda en los buques

Indica cierta señal,

Para hacer la maniobra

Y otras cosas además,

De tertia y prima mi novia

Tiene un traje, y en verdad

Que me trastorna el sentido

Pues con él muy bella está,

La prima y cuarta es de Italia,

Populosa y gran ciudad,

Y la baña cierto rio

Famoso por su caudal.

Fué el todo del Dios Apolo,

Amante muy servicial,

Sacerdotisa tan bella

Que en Delfos no tuvo igual. J. R. y G.

## RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Su precio es 6 rs., y bastará enviarlos á esta Administración para recibirla franca de porte.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup> Edicion recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1873.—Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet, 7 (antes Hiedra).